

A MODO DE EPÍLOGO LA GESTIÓN DEL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO DESDE UN PARADIGMA CRÍTICO

Jaime Vives-Ferrándiz Sánchez y Carlos Ferrer García

La arqueología ha vivido en los últimos decenios cambios que la acercan a una práctica crítica, comprometida con los objetos que estudia, la historia en la que se enmarca y la comunidad que le da valor. Como sucede con otras ciencias sociales, esta (nueva) arqueología se ha ido desprendiendo de la pretendida y peligrosa asepsia de la objetividad científica. Su ejercicio conlleva una ineludible responsabilidad social sobre la base, entre otros conceptos, de la democracia cultural y del sentido crítico que otorga el acceso al conocimiento. Particularmente al conocimiento histórico que enriquece y aporta herramientas y capacidades para entender la realidad.

De estos cambios surge un nuevo marco de relaciones entre los agentes de la cultura que exige nuevas formas de abordar nuestro trabajo. Los organizadores de las jornadas que han dado lugar a este libro somos trabajadores de un museo arqueológico fundado hace más de ochenta años cuya labor ha corrido paralela al signo de los tiempos, indisociable del contexto social en el que se desarrolla el trabajo: desde el elitismo de la conservación y la investigación dirigida a unos pocos –porque solo unos pocos consumían arqueología o patrimonio- a la apertura a la sociedad, bajo la forma de museo y yacimientos abiertos al público. Pero el proceso de transformación prosigue, como lo hace la sociedad. Creemos en la necesidad de reflexionar y debatir sobre las relaciones entre la sociedad y la arqueología, entre el patrimonio, los museos y el territorio. Estas relaciones cambiantes no se pueden ignorar y demandan un posicionamiento ético, definido y firme con la cultura material y con la sociedad.

ARQUEOLOGÍA Y SOCIEDAD. ¿DE QUIÉN ES EL PATRIMONIO?

Partimos del reconocimiento de que la arqueología es parte de la historia y una práctica intelectual en la que el investigador es una variable importante. Los valores y la subjetividad del investigador se enmarañan, primero, con sus hipótesis de trabajo y luego con su discurso. Es imposible producir nada fuera del contexto político e histórico en que se sitúa el profesional. Su agenda de investigación está mediada, en un grado alto, por su posición social, los tiempos en que ha vivido y sus intereses. No ser consciente de ello convierte al arqueólogo en un transmisor acrítico de los valores de los dominantes (que normalmente no coinciden con los de la mayor parte de la gente), y que, por tanto, contribuye a la perpetuación de un sistema de pensamiento conservador. De ahí la importancia de que el investigador se reconozca como variable y asuma su responsabilidad en la transmisión de valores como el rigor, la autenticidad, la coherencia y la honestidad, a través del respeto a la cultura y a la comunidad.

Es pertinente enmarcar esta visión de la arqueología en un movimiento más amplio de la sociología de la ciencia, que es crítico con una visión externalista de la práctica científica y adopta, en cambio, una visión internalista de la disciplina. Según esta última perspectiva la ciencia no está al margen de la realidad y el proceso de conocimiento no sigue una evolución lineal hacia la verdad. Esta corriente evalúa la legitimidad que tienen las afirmaciones científicas en cada momento, lo que coloca al analista, al observador, al científico, en el mismo campo de análisis de la disciplina (y no fuera) y su objetivo es explorar cuáles son las posibilidades de acción y de aceptación de cada discurso dentro de ella.

Volviendo al patrimonio arqueológico, está compuesto por la cultura material del pasado (remoto o reciente), sustanciada a través de relaciones de poder. El patrimonio no es sólo el pasado materializado; son procesos y relaciones entre el presente y el pasado y entre la gente del presente. En el caso de la historia, los intereses de todos los grupos implicados en la descripción, uso y control del pasado deben ser puestos de manifiesto ya que ante una interpretación hay que analizar qué historia se cuenta (y cuál no), quién se representa (y a quién no) y qué memoria se transmite (y cuál se silencia). De hecho, el patrimonio habla de la selección de un pasado y de las relaciones entre los grupos de interés que conlleva la imposición de una visión hegemónica de éste y de la práctica arqueológica. En cierta manera, en el patrimonio arqueológico están materializadas las relaciones de poder en base a apropiaciones y ordenaciones del relato de los orígenes.

Por ejemplo, en arqueología el protagonismo lo ha tenido tradicionalmente el discurso unidireccional del investigador, pero la gestión del patrimonio debe dirigirse hacia una interacción de los profesionales con otros agentes y con los públicos de la arqueología (v. p. 136 de este libro). No hay patrimonio sin sociedad que otorgue valor a unos objetos o prácticas como tal. No lo hay, pues, sin público, sin receptores, ni actores. Ello relativiza el papel del experto, en este caso el arqueólogo, como único responsable en la construcción del patrimonio, ya que se pone de manifiesto que está inmerso en el mismo proceso de generación y consumo de conocimiento. Así pues, aquel patrimonio que identifica y cohesiona una comunidad es una construcción compleja en la que participa el pasado materializado en los objetos, desde una semilla hasta una tumba o un palacio, el colectivo de expertos que lo investiga y gestiona, y la sociedad a la que pertenecemos y en la que desarrollamos nuestras relaciones laborales.

El discurso sobre el pasado puede acentuar los elementos que nos identifican y cohesionan como grupo al compartir un pasado común. Puede también convertirse en un instrumento de coerción simbólica que preserva y legitima estructuras sociales injustas. Pero, desde un enfoque crítico, creemos que la arqueología debe ser, ante todo, un instrumento para la reflexión y la acción social en varias esferas, desde la transformación del pensamiento (educación) hasta cuestionar el presente. Por un lado, y como parte del estudio de la historia, la arqueología nos abre la puerta a otros modos de hacer las cosas, y al hecho de que otras realidades sociales han existido antes y de que ninguna es inmutable. Puede darnos las herramientas para cuestionar el presente, que es resultado de un proceso no casual. También puede relativizar el lugar de la sociedad occidental en el mundo (v. p. 7 ss.) o el de nuestra propia experiencia como individuos y concluir que, como dijo P. Bourdieu, el sentido común es el menos común de los sentidos. En definitiva, nos permite adoptar una postura crítica ante nuestro entorno social, cultural y económico. Paralelamente, la arqueología puede ser una ventana a las experiencias humanas silenciadas de las grandes narraciones históricas al ser una disciplina histórica que trata con una documentación particular: materiales mundanos, cosas destinadas al olvido, deshechos que no han preocupado a nadie (de otra manera nunca se habrían convertido en registro arqueológico). Y finalmente, aunque no menos importante por ello, la arqueología permite reflexionar sobre los límites del conocimiento y del método científico (v. p. 142 y 147-150). La dimensión material del trabajo arqueológico es un magnífico recurso di-

dáctico para tratar estos temas por la importancia de las condiciones materiales en todas las experiencias del ser humano. Es por ello un instrumento útil para la educación, lo que viene a su vez a reforzar el desarrollo del sentido crítico (v. p. 154).

Escoger temas de creciente interés social o contrahegemónicos como objeto de atención es un modo de abordar el trabajo arqueológico desde un enfoque crítico. Es obvio que es muy diferente construir un discurso histórico desde un paradigma que privilegie la estabilidad social que hacerlo desde la idea de que las culturas no son homogéneas y están mediadas por relaciones de poder. En este sentido, el género o los movimientos de población son dos temas estrella de nuevas miradas al pasado. Para el primero, es indiscutible el protagonismo que, en las últimas décadas, tienen los estudios de género en las ciencias sociales y, particularmente, los estudios sobre las mujeres. En este caso se hace evidente la estrecha relación entre presente y pasado: desentrañar los procesos a través de los cuales se construyen roles y, sobre todo, hacer presente a las mujeres en las narrativas sobre el pasado, en concordancia con la atención que tienen en el mundo contemporáneo. Lo mismo sucede con otros estudios más recientes que estudian otros géneros más allá de la heteronormatividad. En cuanto a los movimientos de gente, que haya un interés creciente por las experiencias migratorias y la interacción cultural en el pasado no es casual. La transformación social a raíz de las, cada vez más intensas, dinámicas migratorias del mundo contemporáneo alimenta sin duda nuestra mirada al ayer, porque abre la puerta a cuestionar qué pasó en otros casos históricos y cómo la gente se enfrentó a estas situaciones o como construyó materialmente su universo al desplazarse de un lugar a otro. Se trata de no olvidar que el pasado y el presente están asociados.

Pero, ¿qué lugar ocupa realmente este interés social por el pasado en la sociedad contemporánea? Ruiz Zapatero argumenta que aún hay pocos estudios para valorar hasta qué punto seduce, despierta curiosidad, parece interesante o es divertido, o tiene reconocimiento social, etc. Pero su presencia es creciente en el espacio público, así lo vemos en las innumerables novelas, películas, revistas, ensayos o documentales que abordan el tema (v.p.32). Hay un valioso potencial, la audiencia está escuchando, los receptores están dispuestos. Pero con todo, la comunicación es difícil. Un gran problema es que no conocemos apenas qué piensa la gente de la arqueología (v. p. 42 y 44-55). Es necesario pues aproximarse a la variable públicos, en plural, tan intensa-

mente como a los objetos. Así, a partir de este conocimiento crear mensajes adecuados y adaptados a cada segmento social. Surge así la necesaria pluridisciplinariedad que integra a diversos profesionales, entre ellos el arqueólogo, en el trabajo de comunicar el pasado.

EL MUSEO ARQUEOLÓGICO. UN ESPACIO PARA COMPARTIR

En este panorama, el museo arqueológico es un espacio de encuentro donde la sociedad interactúa con el pasado. No es el único. Hay otros lugares donde esta conexión con el pasado, remoto o presente, también se da y cuya valoración adquiere la forma de memoria social, de cartografía mental del tiempo. Pensemos en los monumentos públicos o en quien cree cada persona o colectivo que son sus antepasados. Nosotros nos centraremos aquí en el papel del museo arqueológico, que es donde desarrollamos nuestro trabajo, como institución donde se ordena, conserva e investigan retales del pasado en forma de objetos que se presentan como una narración para la comunidad. Ello exige ser consciente de la responsabilidad de los valores transmitidos en mensajes y discursos que se fundamenten en decisiones éticas bien definidas porque se puede contribuir a la transformación de conciencias y de pensamientos.

En el camino hacia una arqueología como acción social frente a aquella encriptada en sí misma, el museo ocupa una posición privilegiada por su relación cotidiana con los públicos, más sin duda que otras instituciones, como la propia universidad, o los entes gestores administrativos. El museo es la sede del patrimonio, donde las relaciones que le dan forma se sustancian (v. p. 79). Es un órgano cultural de la comunidad y sus trabajadores son agentes culturales en cuanto que tienen capacidad de transformación de la sociedad. Con todo, no es un centro cultural al uso, ya que su función está íntimamente relacionada con la cultura material que preserva y difunde. Pero nada más lejos de nuestra visión que la del modelo de museo como almacén, como sede de los objetos descontextualizados y sacralizados, que carece de compromiso con la sociedad, y que transmite una historia “aséptica”, conservadora, que la adormece. No por ello quedan desechadas o postergadas las funciones que siempre lo han caracterizado: la conservación y el estudio de los elementos patrimoniales. Antes de comunicar es importante tener algo que comunicar, y ser riguroso con el conocimiento o el estado de la cuestión sobre un asunto. Para ello es fundamental la investigación. Es aquí donde los conservadores de museo adquieren su función en la construcción del patrimonio.

A pesar de los cambios, todavía hoy muy frecuentemente el patrimonio arqueológico sigue estando en manos solo de expertos. Pero si el patrimonio se define a partir del valor otorgado por la sociedad, no cabe más que la corresponsabilidad. De hecho, el vínculo con la sociedad legitima al museo liberándolo de uno de sus pecados: el del sometimiento al poder cuya expresión más obvia y actual es su instrumentalización por parte de las clases dirigentes en forma de intervenciones “modernizadoras”, de gran coste, que han convertido a algunos museos en fachadas, hitos, mausoleos en honor del político de turno. No estamos diciendo que la política quede al margen de las decisiones sobre el patrimonio. De hecho, defendemos la necesidad de tener una política de acción definida respecto al patrimonio. Nos referimos a que la sumisión al poder desvirtúa completamente el sentido de un trabajo en el museo comprometido con la historia ya que niega la posibilidad de construir discursos contrahegemónicos. Podemos considerar esta falta como un pecado original, ya que todos los museos han nacido en mayor o menor medida con este estigma, pero ello no es óbice para superarlo, y es particularmente sencillo cuando se trata de museos con una larga historia.

Ya hemos señalado que el museo lo es en tanto que utiliza el objeto, la cultura material, como instrumento que materializa la historia y construye el patrimonio. Como subraya Ballart en su reflexión, los objetos son emisarios y viajeros del tiempo (v. p. 104), testigos de su uso por parte de las personas que los crearon y por parte de los que las usan en la sociedad contemporánea. Los atributos de belleza o rareza que otorgamos a algunos objetos sin duda les confieren valor añadido, pero cabe destacar que el objeto de museo tiene valor en cuanto que es producto de la creación humana. Es interesante ver cómo la consideración de patrimonio está imbuida de valor, y por ello es contingente, cambiando con el tiempo. Consideremos, por ejemplo, los restos bioarqueológicos, obviados tradicionalmente de muchas narrativas históricas, e ignorados –y esto es más grave– en los protocolos de excavación como cultura material a documentar y a conservar.

El valor del objeto para un arqueólogo se acrecienta enormemente si se conoce el contexto de procedencia, de donde se obtiene mucha información, se establecen asociaciones y relaciones espacio-temporales entre los objetos, en secuencias históricas. La mayor parte de las colecciones del Museo de Prehistoria han procedido, desde su fundación, de trabajos de campo de sus propios miembros, lo que confiere un valor añadido a sus colecciones. Se pensó

así ya en 1927, lo cual es una concepción de museo ciertamente de vanguardia para aquellos años. El valor añadido de sus colecciones también reside en la continuidad de la investigación que hoy en día se desarrolla en el museo en algunos de los proyectos abiertos entonces (por ejemplo, en la Bastida de les Alcusses o en la Cova del Parpalló).

Dejando claro que el contexto lo es todo para la arqueología, podríamos estar de acuerdo en que ya pasó el tiempo de los gabinetes de curiosidades. Los anticuarios, las galerías y los museos de arte tienen una función ajena a la del museo que aquí defendemos. Desde esta perspectiva no tiene sentido adquirir objetos no contextualizados, ni mucho menos aquellos envueltos en la grave duda del expolio o en la sombra del comercio de antigüedades. No sólo por no ser respetuoso con esos mismos objetos ni con sus legítimos depositarios, sino por fundamentarse en una práctica ajena a la responsabilidad que los profesionales del museo tienen con el patrimonio y el registro arqueológico, y por contribuir indirectamente al ciclo de destrucción de los yacimientos.

La exhibición del objeto es la forma por excelencia que tiene el museo para comunicar conocimiento. No es la única, pero es la que uno espera al entrar a un museo: ver cosas del pasado. Lo que ocurre es que existe la propensión a aislar el objeto, a sacralizarlo, a través de una ambientación y distancia: no puede separarse tanto del visitante que no pueda acceder a información relevante. No debemos renunciar a comunicar a través de todas las “sensaciones” que transmiten los objetos (olor, sonido, tacto, sabor). A uno de nosotros le instruyeron con percepciones sensoriales, altamente subjetivas, durante los primeros años en que se formaba como arqueólogo. No era raro oír que la cerámica ibérica tiene un característico “sonido metálico” para distinguirla de otras cerámicas; o que algunas producciones de barniz negro se reconocen por el “tacto jabonoso” de su barniz; o que ciertas cerámicas romanas tienen la superficie rugosa como la “piel de naranja”. Si la subjetividad que nos transmiten los sentidos funciona en la esfera del inventario ¿por qué no lo va a hacer con los visitantes? ¿Por qué no dejar que los objetos transmitan sensaciones físicas poderosísimas? Esto no se puede hacer con todos los objetos, obviamente, pero los depósitos de los museos están llenos de fragmentos y piezas que pueden ser tocados sin riesgo a perderlos del elenco de bienes muebles del patrimonio.

Los museos de sitio, los yacimientos arqueológicos visitables, son también cultura material y de igual modo se ven afectados por el desarrollo de modelos de presentación inconsistentes. Es frecuente que, como resultado

del valor añadido que posee la ruina en el imaginario colectivo, el interés por conservarla “inalterada” sea más relevante en su gestión que las decisiones para hacerlos accesibles, o su valor arqueológico y didáctico. Es cierto que la ruina como tal, el resultado de la historia sobre una obra humana, está llena de significados como el paso del tiempo, el esplendor del pasado y la inevitable decadencia, y que por ello tiene un valor emotivo que no podemos dejar de valorar en la transmisión de nuestros mensajes; pero, ¿es legítimo tratar todos los restos como ruinas? Los yacimientos excavados y consolidados son el resultado de una intervención arqueológica, ¿por qué, pues, nuestro empeño en que conserven el aspecto del final de este proceso? Si conocemos el contexto, ¿no estaríamos en ese caso legitimados a poner en primer lugar la necesidad de comunicar el pasado y la ciencia arqueológica con honestidad? Es cierto que intervenir en un yacimiento arqueológico puede hacer que éste sea más expresión del presente que del pasado (v. p. 134), pero ¿cuándo la historia y la arqueología han dejado de serlo? Reconocer este hecho está en la base del pensamiento crítico en arqueología y en la difusión del patrimonio.

La didáctica es, además de una vía de comunicación en el museo, una de sus principales funciones. Pilar Sada defiende que la historia tiene valor educativo en cuanto que tiene la capacidad de modificar la forma de pensar y de comportarse, y en cuanto que permite la transmisión de la ciencia y su método, pero también lo puede ser en la transmisión de valores para la ciudadanía (v. p. 154 y 155). Ya se ha señalado que la historia aborda el estudio del ser humano de forma global; es pues posible poner en evidencia las estructuras de poder (dentro de las familias, entre géneros, entre grupos sociales), que tanto en el pasado como en el presente articulan, pero al tiempo constriñen, a la sociedad.

Los públicos son variados, como variadas son las circunstancias sociales, culturales y económicas de la comunidad. Ya ha quedado dicho que el patrimonio existe en cuanto que pertenece y sirve a una comunidad. ¿Qué sucede con los que no perciben el pasado como valor, o con la mayoría de personas que no lo conocen ni desean conocerlo? Si queremos acceder a ellos debemos multiplicar los lenguajes e integrar a especialistas en la comunicación y la didáctica en el proceso.

Ya expusimos que el visitante debe pasar de ser un sujeto pasivo a un agente activo. La expresión más clara e imperativa de esta necesidad son las relaciones con las comunidades locales que, entendemos, es un sector de los públicos singularmente importante. Es particularmente necesario intensifi-

car las relaciones en la gestión del patrimonio *in situ* con la comunidad legítimamente depositaria, con los “otros” propietarios y beneficiarios. Existen muchos agentes interesados en participar en la gestión de este patrimonio, sobre todo por ser un recurso potencialmente valioso para la economía local. El museo puede asumir modelos de gestión más democráticos, en los que cada agente sea corresponsable de la conservación, gestión y difusión, donde el museo se arroge el papel de moderador que articule todos los intereses legítimos que en torno a él surgen. Así y de nuevo, el científico abandona voluntariamente el centro de la construcción del pasado para enriquecer el proceso y a la sociedad. Él y el museo, en su vínculo con el territorio, pueden ejercer así un papel de agente de transformación y desarrollo para la comunidad.

Pero existen otras formas de corresponsabilizar a los públicos. El mero hecho de que en nuestra estrategia de comunicación, a través de las exposiciones y la didáctica, se haga hincapié en cómo sabemos lo que sabemos y en cuáles son los límites del conocimiento científico, permite relacionarse con los públicos dando herramientas para la reflexión. Otra gran vía de participación es la del diálogo, la accesibilidad integral a través de la diversidad, la flexibilidad y la activación de distintos niveles divulgativos. Crear espacios para que la voz de los visitantes sea oída y tenga una respuesta, dando lugar a nuevos discursos. En este marco, las políticas de calidad e Internet, la web 2.0 y la web social, son instrumentos óptimos que pueden favorecer el acceso físico e intelectual al museo, la divulgación de contenidos, el establecimiento de relaciones y la implicación de los usuarios en la vida de éste.

Es difícil de predecir el futuro, pero es innegable que la gestión del patrimonio, como la de otros sectores de la cultura, se va a ver afectada de alguna manera por los cambios sociales, tecnológicos y económicos del mundo contemporáneo. Desde estas premisas, estas páginas finales han sido, más que unas conclusiones, una aproximación personal desde la experiencia práctica de nuestros proyectos y nuestra reflexión a la luz de lo expuesto en los capítulos precedentes. No hemos pretendido dictar preceptos. Sólo someter al debate nuestro trabajo cotidiano y las formas posibles de abordarlo.